Apuntes para entrar en un jardín

Sandra Ivette González Ruiz

Editorial La Jardinera

Editorial "La Jardinera"
Ciudad Monstruo
Febrero 2020
clubdelecturalajardinera@gmail.com

Prólogo

Decía Audre Lorde que la poesía es destilación de la experiencia y es también la posibilidad de construir un futuro diferente. En este poemario, Sandra Ivette construye un relato muy personal sobre una experiencia dolorosa en su vida. Cultiva las palabras como un eterno recordatorio de que sigue escribiendo, sigue sembrando un jardín, pese a todo, se mira y sigue viva.

El poemario es un conjuro, es una invitación a poner otras fuerzas de su lado. No titubea en decir lo que siente y lo que necesita para sanar, tiene muy claro que a las mujeres nuestros silencios no van a protegernos, al contrario, nos hunden.

Comienza reconociendose como ejecutante, escritora, actora de la noche, esa noche en la que ella resiste. Camina poco a poco reconociéndo su cuerpo, cuestionándolo, pensando en cómo se separó de él y en cómo regresará. Asume la importancia de la espera y del tránsito, comparte su travesía por el dolor y el uso de sus conjuros personales. Sandra visibiliza poco a poco su fuerza interior hasta llegar a un jardín construido por ella misma, un jardín que es un lugar seguro en donde todo existe y sobre todo donde ella fluye en las palabras de una batalla ganada.

Este poemario es un conjuro en primera persona que resuena en colectivo. Un llamado a hundirse en las profundidades de los duelos, los miedos, las ansiedades, que recorre el cuerpo-palabra para aprender a amarlo. Es un aullido desde la noche para que gane el verde.

Mi cuerpo no es un
templo,
es un jardín salvaje
y muerde.



Todavía escribo

La noche soy y no me han vencido.
Así hablo yo, cobardes.
        Así es como rasgo el silencio
          y rasguño sus versos inútiles.
No han logrado arrancarme la lengua,
ni los dedos,
en cambio yo he podido horadar sus significantes,
sus significados
y reventar casi todas las frases.
No han logrado arrancarme la lengua
ni callarme
y aunque lo hicieran
otras seguirían escribiendo
              hablando
               derrumbando
con cada palabra que hemos inventado.
La noche soy
        no hay presagios
        no me asusta el lobo que asecha detrás de los silencios.

De la noche a la que me arrojaron,
de la cárcel de sus letras,
del encierro de su sintaxis,
de la cueva de su y solo su experiencia
        desde ahí, desde la jaula, desde la alcantarilla
he logrado cantar todos los versos de mis abuelas,
he logrado crear formas nuevas.

Ningún cautiverio es total,
por más que éste se los proponga.
Quisieron castigarme con la noche
             y mírenme ahora,
la noche soy y aún escribo.

Cuerpo

1.
No te olvides de tu cuerpo
lo dejaste ahí tirado
entre los restos de los fuegos artificiales
cuando la noche era luminosa
y todo olía a verdad.

2.
Voy camino a intentar conseguir un cuerpo nuevo,
uno que sí tenga los diez kilos que perdí hace un tiempo,
un cuerpo que no tiemble,
que se parezca más a mí,
para no sentirme tan distinta,
tan invadida.

Alguien hurga dentro de mi cuerpo y descubre que no estoy ahí.
Me falto.
Alguien me nombra en voz alta,
pero no reconozco el sonido,
alguien me mira a los ojos vacíos
y no encuentra su reflejo.
Toda esa ausencia cabe en un solo cuerpo.
Explicar con palabras de este mundo
o de cualquier otro
que un día me separé de mí
y no sé cómo volver.

3.
No te olvides de tu cuerpo
porque otros ya lo olvidaron
y a otros no les importa
y otros van a querer lastimarlo
y algunos otros van a pensar en desollarlo.

No te olvides de tu cuerpo
no lo escondas
no le huyas
no lo castigues
no lo insultes
no te muerdas.

4.
Mi abuela tiene 59 años y está frente al espejo. Se mira el tumor de la espalda, es como una montaña llena de sangre. Se toca, se duele, reconoce la muerte. Me observa a través de su espejo, mis ocho años recostada en la cama, desde ahí recorro su cuerpo hasta llegar a ese montecito, aun no entiendo, aún no me entero de la muerte. Me busca los ojos, me encara desde el reflejo:

No te olvides de tu cuerpo, porque otros van a querer olvidarlo,
no evadas el dolor, no te lo tragues,
escupe,
grita,
rompe,
escribe,
no dejes que te consuma.
No permitas que el dolor se te haga cáncer.
No te olvides de tu cuerpo,
no lo encarceles
y todas la noches, antes de dormir,
pon romero debajo de la almohada,
para calmar la angustia,
para que puedas volver.

Algunos apuntes para los días sin furia

Algunos apuntes para los días sin furia

Estoy esperando a que pase la angustia
para ponerme a escribir poemas sobre pájaros,
sobre el sol que entra a pesar de todo
y sobre la importancia de recuperar las calles.

Estoy esperando a que deje de llover o de una vez se suelte el torrencial,
a que terminen los ataques de pánico en la línea B del subte,
a que la tristeza se diluya en el café con leche.

Estoy esperando a que la sangre pare,
a que las malas noticias se detengan,
a que no salga otra nota sobre asesinato,
a que las balas no vuelvan
y las casas se rearmen
y el vacío sea un recuerdo maltratado.

Estoy esperando a que la herida cierre,
a volver a estar entera
para escribir todo eso que no he escrito todavía,
todas esas palabra luminosas
que deben estar esperando en algún rincón,
en algún tiempo que de ninguna manera se parece a este.

Estoy esperando a curarme el insomnio,
el terror al silencio
y a volver a abrir el cuerpo para que entren algunas certezas.
Mientras eso sucede
escribo esto que brota de las fisuras de mis pulmones
y de otros rincones parecidos a pulmones,
espacios que intentan,
aunque sea por ratos, aunque sea por momentos cortos
guardar, contener, cuidar el aire.

Intermitencias

Algunos días
alzo la vista y dejo entrar
el paisaje,
pero he cerrado muchas puertas.
Ya no creo en las rendijas,
no importa si queda algo de luz en ellas.

Estoy habitando un cuerpo extraño,
57 kilos
insuficientes para fumar y correr
al mismo tiempo.
Es mi casa temporal
igual que la poesía,
el insomnio
y el subir y bajar de un pecho acelerado.

Rechazo la idea de ser herida,
una herida sin pasado,
sin futuro.
Dejo entrar el canto de las brujas,
elaboro rituales, todos los días,
permito que me lean la mano,
el té, las cartas
y todos los libros que proponen
formas de desaprender la crueldad.

Acepto mis pasos interrumpidos,
me hago a un lado,
me agacho y dejo entrar la crisis,
vuelvo a ser una niña acorralada por la muerte,
cierro los ojos, pánico.
Luego, porque siempre hay un luego,
acelero el paso y las dejo pasar a ellas,
acepto sus manos en las mías,
me dejo llevar a zonas distintas,
siento sus labios en mis hombros
y las oigo reírse bajito.

Me dejo estar en el otoño,
disfruto sus colores,
ya no me gustan los elogios volubles,
las calles vaciadas,
las cosas que gotean,
ni las palabras sin filo,
huyo de lo que agoniza.

Habitar la intermitencia,
como el parpadeo de las luces sobre mi cama,
mientras las escucho a ellas,
ríen y bailan, gritan.
Entre ellas y yo hay luces que prenden y apagan,
prenden,
apagan,
prenden,
prenden.
Afuera hay cantos pacientes,
esperándome.

Recógeme, si me ves tirada, recógeme.

No permitas que me cubran con periódico.

Saca mi amuleto y ponlo sobre mi pecho,

no dejes, no permitas que mi cuerpo se pudra
sobre el asfalto.
No permitas que este brazo izquierdo pierda
la movilidad
y yo me derrumbe entre un millón de hojas
que durante los ataques de ansiedad me
sirven para nada.
No permitas que mi cuerpo termine en un lote
baldío.
Que la muerte invada mis rincones, mis
espacios.
No me hables de poesía si me parto a pedazos.
No dejes mi cuerpo desnudo en un
descampado.
No dejes que me desangre.
No dejes, no permitas que me desangre.

No soy la herida

Me niego a ser la herida,
no me niego a estar herida,
me niego a ser una herida sin pasado,
sin futuro,
en un presente encapsulado, detenido,
como una vieja fotografía de la abuela muerta.

Me niego a ser la repetición constante
de la misma escena.
Me niego a desangrarme permanentemente.
Me niego a ser solo la imagen de un cuerpo golpeado,
destruido.
Me niego a ser la misma canción,
el mismo poema escrito cuando noche.
Me niego a ser la doliente, adolorida, dolorosa, la que duele
eternamente.

No soy esa herida que arde.
Detrás de mí y enfrente de mí
hay otras palabras que no parecen puñales.

Conjuros y diálogos con las plantas mientras les amarras un hilito rojo para evitar que la plaga se las coma

Para que no sucumbas a las adversidades.

Para que sobrevivas a todos los climas.

Para que crezcas grande, fuerte y poderosa.

Para que no te coman, para que no te coman, para que   n o t e c o m a n .

Para que no te rompas cuando el viento pegue fuerte.

Para que el sol no te canse y aprendas a aceptar su luz, a nutrirte con su luz.

Para que florezcas.

Para que sobrevivas.

Para que vivas.

Para que el verde gane.

Para que la tierra sea noble contigo y abrace tus raíces y cure tus enfermedades.

Para que el agua te alimente.

Para el fuego no te consuma.

Para que te cuiden y aprendas a cuidar.

Para que des tranquilidad, para que acompañes las tristezas, para que nutras.

Para masticar la noche y detenerla.

Para que te sostengas.

Para que la vida gane.
Para que la vida gane.

Jardín

El jardín exige a su jardinera verlo morir.
Demanda su mano recorte y modifique
la tierra desnuda, dada vuelta en los canteros
bajo la noche helada. El jardín mata
y pide ser muerto para ser jardín.
Diana Bellessi, El jardín, 1992.

I
He construido un jardín
y olvidé poner una puerta de salida,
no sé si fue un simple descuido
o las ganas de permanecer
anclada a un lugar,
a este que respira
sobre todo cuando yo no puedo hacerlo.
Porque mi jardín llora
y se retuerce varias horas al día,
como lo haría un fragmento de memoria inmóvil.

Este jardín es el sueño pizarnikano,
por fin hecho realidad,
un sitio donde respirar no es un acto tan simple como parece
si la carne punza
y el rojo entre los árboles
recuerda la imagen de todos los pájaros heridos.
Y mi jardín es el lugar
a donde los pájaros llegan a morir,
hastiados del rechazo,
de las palabras como cuchillos,
su último canto es un estertor armónico.
En este jardín descanso
recostada en la hierba alta
descanso,
porque es un lugar que construí con mis propias manos,
nadie va hacerme huir,
nadie va a decir que no merezco estar aquí.
Conozco este sitio,
cada centímetro,
el sonido de la vida fluyendo entre las hojas,
y el sonido de la muerte en las raíces clavadas en esta tierra
y ese silencio de alguien que se siente sola.

En este jardín las palabras
se liberan del lenguaje limitado
con el que no puede nombrarse el dolor.
Mi jardín no es un refugio,
es una guardiana de la memoria,
de este cuerpo que cuando cambia y sana sus heridas
se derrumba.

II

En aquel rincón yace un cuerpo
protegido por los naranjos,
entre la lavanda y las ortigas
forman una especie de casa
para guarecer a ese cuerpo de los malos augurios,
de los malos recuerdos.
El cuerpo sueña una sucesión de imágenes
una pared vacía,
la sala de una aeropuerto
vacía,
un sol de media tarde duele,
conversaciones incomprensibles,
la dureza del castigo por haberse equivocado.

El cuerpo yace mientras sucede un ritual de despedida,
el jardín le concede un pedazo de su tiempo
para hacer un duelo.

III

Este jardín nutre
y deja morir,
todo al mismo tiempo,
tal y como ocurre en mi cuerpo.

En mi jardín el tiempo no es progresivo,
se dobla,
se rompe,
y reconstruye otras formas de entender los recuerdos.

IV

La muerte recorre las ramas,
el crujir de las hojas envejecidas,
algunas flores no resisten la tempestad
y solo mueren, una y otra vez, mueren
y no dicen nada.
Las aves canta para una compañera herida,
la despiden con ternura,
como a los sueños perdidos,
esos primeros sueños de la infancia
cuando creíamos que la piedra no existía
y nada podía rompernos,
ni las palabras,
ni las sombras.

V

Un cuerpo flota en el río,
los brazos extendidos,
se deja consumir por las aguas,
los ojos cerrado
y la certeza de soltar,
con un pequeño y casi imperceptible gesto de la
mano
la última herida,
un cuerpo empapado,
mi cuerpo empapado por ese río
en el jardín que construí con mis propias manos.

Editorial La Jardinera
Febrero 2020